

## X

¿Y el Doctor? Con un juicio algo tardío,  
pensando un día, por su buena suerte,  
que es un error tan necio como impío  
el que son siempre la humedad y el frío  
las anchas carreteras de la muerte,  
—¿Por qué esta niña— el triste se decía—  
con cara de sonámbula risueña,  
ayer y hoy, por la noche y por el día,  
esté despierta ó duerma, siempre sueña?  
¿Por qué en labios tan bellos,  
sin dejar de ser puros,  
ya parece que en ellos  
palpitan á granel besos futuros?—

¡Desdichado Doctor! ¡Siendo tan diestro,  
y teniendo además tanta experiencia,  
no sabe que el querer es una ciencia  
que todos aprendemos sin maestro;  
y que, al cerrar con diligencia vana  
por la noche la puerta á los amores,  
entran por la ventana  
enjambres de fantasmas seductores  
que dispersa la luz de la mañana!

## XI

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera  
nota el Doctor cuán presto  
lleva á Eugenia hacia un término funesto  
la casta consunción de una quimera,  
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza  
que es la niña adorable  
una enferma incurable  
del santo malestar de la esperanza.  
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores seres,  
fuentes de bien, refugios de consuelo!  
¡Los ángeles amasan en el cielo  
la pasta con que se hacen las mujeres!

## XII

Así hacia un fin cercano  
corría, con el aire más risueño,  
la que en las nubes dió su blanca mano  
á un cierto prometido de un ensueño.  
Y entretanto que Eugenia se moría,  
nuestro Doctor ¿qué hacía?  
Disparatar el pobre como un loco;  
por lo cual no veía  
que la muerte venía poco á poco;  
¿por dónde? No lo sé; pero venía.

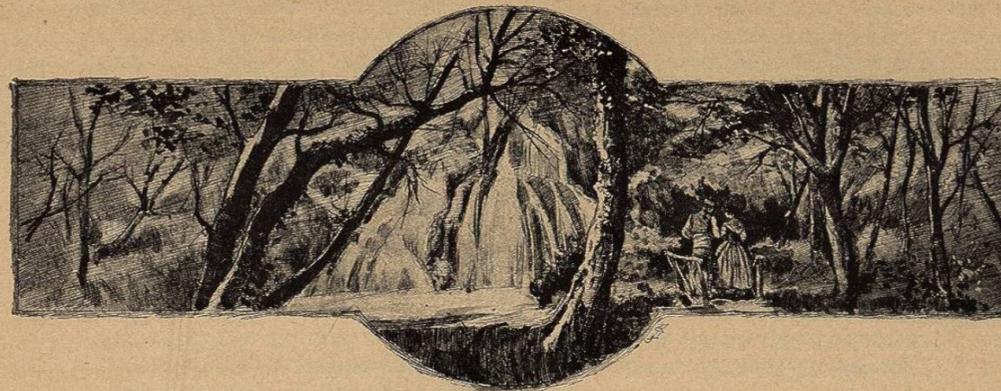
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,  
de realidad y de experiencia llenas,  
que, mejor que las penas,  
matan las ilusiones,  
pues he visto á docenas,  
ó más bien, á docenas de millones,  
lindas cabezas rubias y morenas  
morir de apoplejía de visiones!

## XIII

Y una vez que en la faz desencajada  
de Eugenia moribunda  
el candor hizo franca la mirada,  
así como el amor, la hizo profunda,  
y cuando ya entreabiertos se teñían  
de azul los labios rojos,  
y muriendo parece que tenían  
doble vida las niñas de sus ojos,  
convencido el Doctor de su torpeza,  
parecía, mirándola afligido,  
un náufrago que saca la cabeza  
desde el fondo del mar donde ha caído.

## XIV

Y cuando ya el Doctor no está seguro  
si es la niña á quien vela  
un espíritu puro  
que pronto va á volar, si ya no vuela,  
á Eugenia una mañana contemplando  
con la pasión más tierna,  
vió que se iba en sus ojos condensando  
la negra sombra de la noche eterna;  
y ante ella sus errores abjurando,  
lo mismo que á la imagen de una santa,  
le dió un beso en la frente de rodillas,  
dos en los ojos, dos en las mejillas,  
y otro y otro, hasta diez, en la garganta.  
Y en el instante mismo en que, embebida,  
á una cadena de ángeles asida,  
Eugenia con el aire más risueño  
ya iba á seguir los sueños de su vida  
á las mansiones del eterno sueño,  
el Doctor, tristemente,  
con la voz de una tórtola que gime,  
le decía á la niña, en cuya frente  
dejó la muerte un estupor sublime:  
—¡Ten, por Dios! ¡ten, por Dios, ídolo mío,  
quieta la mente, el corazón en calma!  
No matan sólo la humedad y el frío;  
¡viene también la muerte por el alma!—



## EL AMOR Y EL RIO PIEDRA

POEMA EN TRES CANTOS

Al Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde y Rivero.—Recuerdo de cariño de CAMPOAMOR

## CANTO PRIMERO

## EL EDÉN

## I

¿Queréis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra;  
á aquel Edén que con verdor eterno  
alegra hasta lo triste del invierno  
con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;  
pues siendo un fiel traslado  
de un sueño de Virgilio mejorado,  
no hay mortal que lo vea  
que, como yo, encantado,  
no admire, piense en Dios, se postre y crea!

## II

Así creyendo y admirando, un día  
por este paraíso de inocencia  
van dos hijos de Dios, que todavía  
no encontraron el árbol de la ciencia.  
El por ella en un día de batalla  
desertó frente á frente al enemigo;  
y ella por él, al frente de su amigo,  
se escapó de un molino de *Cimballa*.  
Mas, como dice en Aragón la gente,  
desertar por los ojos de una moza  
es cosa que perdona fácilmente  
la Virgen del Pilar de Zaragoza.

## III

Juntos los dos, siguiendo su destino,  
bajaron por el río hacia el camino  
que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera*,  
después que con amor la molinera  
le dió un beso á la rueda del molino.

## IV

¡Qué felices serán dos desertores  
que tienen libertad en sus amores,  
calor de día y por la noche frío,  
en la tierra placeres y dolores,  
aire y luz en la esfera,  
para poderse ahogar sitio en el río,  
pan caro y agua gratis donde quiera!

## V

Es Jaime, más que un quinto, un veterano  
que, puesto en guardia y con fusil en mano,  
le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,  
tanto que, el muy tirano,  
hallándose una vez de centinela  
vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

## VI

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella  
que en Daroca una vez la llamó bella,  
silbando como un mirlo, un lord muy rico;

y otra vez, extasiado,  
le echó una flor, pasando por su lado,  
un Azlor de Aragón, casi un Rey chico.  
Lleva un traje ceñido á las caderas,  
y anillos en los dedos de las manos  
como una valenciana con ojeras,  
que come arroz y vive entre pantanos.  
Cruza enhiesta el pañuelo por delante  
para dejar al aire la cintura,  
mostrando el tallo erguido y ondulado  
de la flor sin abrir de su hermosura.  
Siempre lleva de andar por las praderas  
alpargatas de cáñamo olorosas,  
pues, según las nociones verdaderas  
de los sabios que estudian estas cosas,  
cuando son tan hermosas  
todas las molineras,  
sabiendo á pan de flor, huelen á rosas.

## VII

Y, en medio del amor que los obceca,  
¿adónde van huidos  
Jaime Cortés y Candelaria Ateca?  
Llevados y traídos  
en el mismo columpio de un deseo,  
se proponen morir los atrevidos  
lo mismo que Julieta y que Romeo.  
Su plan de amor y horror era el siguiente:  
desertar, verse un día solamente,  
darse un adiós eterno,  
y hallar luego en el fondo de un torrente  
la muerte y la esperanza del infierno;  
porque hay gentes tan locas  
que, con formal empeño,  
no encontrando harto duras á las rocas,  
se rompen la cabeza contra un sueño!

## VIII

Ya hacia el final de la primer jornada,  
buscando algún descanso  
en la margen del *Vado* (una cascada  
que nace y que concluye en un remanso),  
miraban extasiados las corrientes,  
claras en los arranques,  
blancas en las rompientes,  
y azuladas después en los estanques,  
cuando al llegar la hora  
de echarse entrambos de cabeza al río,  
poniéndose de pie, «ven, Jaime mío,»  
le dijo al desertor la desertora;  
y hacia un salto mortal ella camina  
enseñando al soldado á ser valiente.

¡Feliz pasión la que en morir se obstina!  
¡El preferir la muerte á estar ausente  
es del amor la plenitud divina!

## IX

Ya en pie los dos median el abismo  
de la gran *Requijada*  
(otra hermosa cascada  
que parece caer del cielo mismo),  
cuando al mirar pintados en las ondas  
de ella el rostro y gentil desembarazo,  
sintió el alma de Jaime aquel flechazo  
que pasó el corazón de Epaminondas;  
y volviendo á mirar en la cascada  
aquel talle que imita  
la ondulación del cisne cuando nada,  
y el pecho de opulencia regulada  
que á amar las cosas de la tierra incita,  
en ese atontamiento en que la mente  
no se encuentra despierta ni dormida,  
asiendo de repente  
el brazo de la hermosa molinera,  
perdiendo el sentimiento de la vida,  
la dijo con afán: — «¡Espera, espera!»

## X

Y, después de esperar, con pies ligeros  
bajan corriendo la empinada cuesta  
los dos pobres viajeros  
que no llevan más ropa que la puesta;  
y llenos de pasión, aunque mojados,  
uno de otro en el talle  
muellemente apoyados,  
á lo largo del valle  
se alejan poco menos que abrazados.

## XI

Y, siguiendo del *Piedra* la corriente,  
sus almas encantadas  
ven el amor tan casto como ardiente  
de las cosas creadas  
que imantadas, y al fin desimantadas,  
se casan y descasan buenamente;  
pues era la estación que entre gorjeos,  
alumbrando los gérmenes que encierra,  
la gran hembra del sol, la madre tierra,  
da los frutos de antiguos himeneos.

## XII

Y andando poco á poco, se olvidaron  
de la parte febril de su aventura,  
y al fin no se mataron:  
¡quién no hace en este mundo una locura!

Luego, á la sombra de un nogal, notando  
que empieza el tiempo á parecerles breve,  
se comen unas nueces, enseñando  
unos dientes más blancos que la nieve.  
Pero ¡oh esperanzas vanas!  
al sentir un amor inextinguible  
ellos creen que es posible  
vivir sólo de nueces y avellanas;  
sin saber los sencillos desertores  
que beber en el *Piedra* y comer nueces  
es hacer que se olviden los amores  
y aborten las más bellas redondeces;  
porque es sabido que el amor y el río  
tienen suertes iguales,  
pues así como el *Piedra* se endurece  
al romperse en las rocas sus cristales,  
perdiendo ciertos óxidos vitales,  
al moverse el amor se desvanece;  
y es que el amor y el río, andando, andando,  
por sus cauces los dos marchan dejando  
el río cal y la pasión olvido,  
y así es como se van petrificando  
el agua andada y el amor movido.

## XIII

Y al llegar estos míseros mortales,  
que alimentan su amor de vegetales,  
á un monte empenachado de cascadas,  
miraron en los altos vericuetos  
las tranquilas moradas  
del abuelo, los hijos y los nietos,  
de la raza feliz de los Muntadas.

## XIV

Y al ver el *Monasterio* frente á frente,  
con misterio inocente  
se llenaron sus almas de emociones  
pensando en las virtudes de un convento;  
y él se entregó á juiciosas reflexiones,  
y ella á un casto y profundo sentimiento.  
Y hasta en aquel momento  
se despertó de Jaime en la memoria,  
de San Benito, el fundador, la historia,  
que amando á una mujer, que era un portento,  
y por la cual su corazón ardía  
como un carbón que lo encendiese el viento,  
en vez de acariciar como un profano  
las torpezas divinas  
que envidia el cielo al lodazal humano,  
se echó sobre un zarzal, cuyas espinas

destrozaron sus carnes virginales:  
y añade en sus anales  
un cierto *Padre Yepes*, á quien creo,  
renunciando á probarlo en los zarzales,  
que en San Benito por heridas tales  
el fuego se exhaló de su deseo.

## XV

Y en tal instante, aunque con gran frecuencia  
no hay más Guardia civil que la conciencia,  
ya del día á los últimos fulgores  
los dos enamorados desertores  
creyeron ver, ó en realidad miraron,  
dos parejas de guardias que pasaron,  
y apresuradamente  
encontrando un zarzal junto á una fuente,  
con natural espanto,  
no se echaron encima como el Santo,  
se escondieron debajo santamente.

## XVI

Y gracias al Señor, libres de sustos,  
Jaime Cortés y Candelaria Ateca  
se durmieron después como dos justos  
sobre un lecho de amor de hierba seca.

## XVII

Pero ¿y qué más? — ¿Qué más? Con amor  
él una vez al tropezar con ellos (puro  
besó de Candelaria los cabellos...  
— Y ¿nada más? — Y nada más: ¡lo juro!

## CANTO SEGUNDO

## LA TENTACIÓN

## I

Ya el sol emblanquecía las estrellas,  
y Jaime, aun no despierto,  
ni soñaba siquiera con aquellas  
tentaciones tan bellas  
que tuvo San Benito en el desierto;  
pues, como todavía  
al alborar la lumbre de aquel día  
le hacía poco peso la conciencia,  
fué su sueño profundo, muy profundo.  
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo  
amar, en pleno amor, con inocencia!

## II

Cuando ya los llamaban á la vida  
los sonos halagüeños  
que la tierra, aun dormida,  
murmura electrizada como en sueños,  
á Jaime despertó la molinera;  
y abriendo un gran portillo en el ramaje  
para ver la primera  
el teatral aspecto del paisaje,  
vió á la luz color gris de la mañana  
los huecos de las celdas del convento;  
y elevando hacia Dios su pensamiento  
se santiguó con gracia la aldeana,  
pues hija fiel de otro cristiano viejo,  
ella es una cristiana  
tan católica á un tiempo y tan galana  
que reza y se santigua con gracejo.

## III

Aunque es un bello nido  
de inextintos amores  
el *Parque*, sobre un monte suspendido,  
los tiernos desertores,  
después que el sol vino á borrar la aurora,  
dejaron una estancia peregrina  
que reune en su flora  
el África, la América y la China;  
y hacia el *Verjel* bajaron,  
y al límite en que el *Parque* terminaba,  
un bello semicírculo encontraron  
que el tocador de Venus imitaba,  
y quedó admirado él y ella embebida  
al ver la *Caprichosa*, una cascada  
que parece, tendida,  
el velo de una reina desposada;  
y á su influjo, sintiendo  
una feliz y casta soñolencia,  
porque el agua, al caer, baja moviendo  
las brisas de las playas de Valencia,  
en torno de los tímidos amantes  
trazan al sol un círculo divino,  
saltando, como un polvo blanquecino,  
molidos en las peñas los diamantes.

## IV

Y entran luego en la *Gruta del Artista*  
por ver estalactitas agrupadas,  
que alegraban la vista  
como labores de cristal colgadas;  
y sigue admirando él y ella embebida,  
y pasa tiempo... y tiempo... y de esta suerte  
se fueron olvidando de la muerte  
y acordándose un poco de la vida.

Mas ¿cómo de los fieros desertores  
ya, el que menos, olvida  
su deber de arrojar en un abismo?  
Porque en cosas de amores  
puede más que el deber el magnetismo.  
No lo extrañéis, lectores;  
según Platón, ya en Grecia era lo mismo.

## V

Entrambos luego, de la mano asidos,  
bajando más y más, miran, pasando,  
que en el estanque del *Verjel*, nadando,  
ya se atusan los patos aburridos,  
después de ver y oír cómo, formando  
borbotones, cual pechos de Sirena,  
corriendo á unirse al río,  
bajo un dosel sombrío,  
el dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

## VI

Y á la sombra de un álamo sentados  
para admirar el *Baño de Diana*,  
poco después el quinto y la aldeana  
miraban los cristales azulados  
de un río transparente  
que sería maldito en el Oriente  
por secar los contornos redondeados.

## VII

Se alzan después, y apresuradamente  
viendo una cueva enfrente  
llamada la *Carmela*, él en pos de ella,  
como quien huye de la luz del cielo,  
se entraron en la gruta, que es más bella  
que la gruta de Elías del Carmelo.

Mas si viese á los dos en compañía  
despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,  
¡Jesús! ¡qué colorada se pondría  
la Carmen que dió nombre á la *Carmela*!  
Y con razón, porque al seguir su ruta  
salieron pálido él y ella encarnada,  
aunque en aquella gruta  
¡admírate, lector! no pasó nada.

## VIII

Y ven después, entre el espeso ambiente  
de perlas en las rocas machacadas,  
los *Fresnos*, que, cortando una corriente,  
imitan dulcemente  
un salterio formado por cascadas.  
Y al ver que con su escala de colores  
la *Cascada del Iris* sus primores  
sepulta en un estanque luminoso

al pie de una vertiente encajonado,  
Jaime exclama admirado  
como un viajero estúpido: — «¡Qué hermoso!»

## IX

Y, al fin del largo estanque,  
miraron en su arranque  
la *Cola de caballo*, otra cascada  
que, en la cumbre entre rocas apretada,  
se para, se acumula, se desborda:  
el valle todo asorda,  
cae, y después se echa á dormir cansada.  
Pero al caer arqueada y ondulante,  
es tal su gallardía,  
que no tiene una cola semejante  
el caballo mejor de Andalucía.  
Al ver la gran cascada  
brillando tan gentil y refulgente,  
casi duda la mente  
si, al caer despeñada,  
rompiéndose en las rocas, irritada  
lanza el agua una luz fosforescente.  
Yo sé de un navegante, amigo mío,  
que viviendo en el mar constantemente,  
nunca vió el agua hasta que halló este río  
que, lanzando impetuoso su corriente  
de pendiente en pendiente,  
recorre desde el cielo hasta el abismo,  
haciendo de esta tromba á un tiempo mismo  
chubasco, borbotón, racha y rompiente!

## X

¡Y gloria á Dios! Merced á la certera  
habilidad del dueño  
que abrió á pico en la roca una escalera,  
bajaron á la *Gruta*, que supera  
en hermosura real al mismo sueño;  
gruta en la que es el día  
una noche de otoño húmeda y clara,  
que mezcla á una luz rara  
unas sombras más raras todavía;  
y cuando de repente  
entre tanto y tan mágico espejismo  
lleva el sol, al morir en Occidente,  
la esplendor del cielo á aquel abismo,  
se ve allí claramente  
aquel Dios misterioso que el ateo  
nunca ve en su nublada fantasía;  
á quien vió por detrás Moisés un día;  
á quien vió de perfil el gran Linneo;  
al que ve con su tierna idolatría

la esposa fiel por cuyos ojos veo,  
y al que la madre de mi amor veía  
con el santo candor del buen deseo!

## XI

Las aguas por las rocas exsudadas,  
forman allí variadas  
obras de arte, á la bóveda sujetas  
con primor tan gentil, que sus labores  
afrentan á escultores,  
á arquitectos, pintores y poetas.  
¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe  
si aquel templo escondido y soterrado  
es de una grande catedral la nave,  
ó algún horno ciclópeo ya apagado;  
si habrá formado un hada  
sus bellos arabescos de mezquita;  
si es gruta de Sibila exonerada,  
ó de un titán la cueva troglodita;  
pues la gruta hechicera,  
que á todo ingenio humilla,  
si como arte es la octava maravilla,  
como arte natural es la primera:  
y acaso en tan extraña arquitectura  
Dios tuvo por objeto  
juntar en su hermosura  
los prodigios del orbe en miniatura,  
formando tan completo  
*Pandemonium* de cosas celestiales,  
que alrededor se ven hombres y brutos,  
y dioses vegetales y animales,  
y fetiches de ritos naturales,  
flores, peces, y pájaros y frutos;  
ídolos despreciados  
que, del mundo barridos,  
y en la *cueva de Piedra* emparedados,  
fueron, después de ser amontonados,  
por el desdén primero confundidos,  
y por el tiempo al fin petrificados!

## XII

Mientras hacen las brumas condensadas  
en lo hondo de la *Gruta* acumuladas  
un estanque sombrío  
donde al caer, medidas y contadas,  
van formando las gotas de rocío  
un joyero de perlas agitadas,  
de tanta sombra y humedad mezclados  
el perfume, el color y los sonidos,  
parece que también petrificados  
abruman con su peso los sentidos;